CRISTIANISMO Y CULTURA EUROPEA

POR

SALVADOR LISSARRAGUE

La quintaesencia de las posiciones fundamentales que tradicionalmente vienen siendo sostenidas respecto a la relación entre el cristianismo y la cultura europea son las siguientes que nosotros plantearemos de manera sumaria y provisional:

1.° Europa debe al cristianismo no sólo el conjunto de su riqueza espiritual, sino su mismo ser histórico. Si la cultura griega y el Derecho romano, los pueblos germánicos y los mensajes del Oriente próximo, constituyen elementos imprescindibles de la cultura europea, sólo el cristianismo, al refundirlos, tiene la condición fundamental que imprime carácter a la verdadera substancia europea. Europa es, pues, el núcleo propulsor de la Cristiandad y los demás pueblos y las otras gentes, aunque puedan llegar a integrarse en el orden cristiano, por muchas vías; ello históricamente ha ocurrido y ocurrirá en lo previsible, mediante la acción europea y su gran prolongación americana. Esta posición viene en lo esencial, en cuanto a su planteamiento en estos años, de la idea radical

de Romano Guardini: Europa está determinada por la figura y la palabra de Cristo. Se puede ser cristiano sin ser europeo y sin pertenecer al círculo cultural de Europa, pero sólo en Europa, como núcleo de la cultura occidental, cobró cuerpo histórico el cristianismo. Las evidentes dificultades de esta actitud dan lugar a la posición contraria.

2.° Europa no puede identificarse con la Cristiandad sino que esta última está integrada por el conjunto universal de todos los cristianos de la tierra, sea cual fuere su origen y círculo de cultura. Un chino y un fueguino católicos pertenecen a la Cristiandad plenamente, en tanto deben ser excluídos de ella los europeos y americanos de espíritu íntegramente occidental, pero ajenos al credo religioso de Cristo. Hay sin duda poderosas razones en favor de esta segunda posición, aunque, según veremos más tarde, son razones parciales. Europa —se afirma con acierto— es una realidad histórica y pasajera, en tanto que el cristianismo está precisamente hecho con las palabras que no pasarán. Identificar, por otra parte, Europa con el cristianismo podría, si no absorber, condicionar al menos la verdad religiosa por una realidad cultural nutrida de elementos localizados, transitorios y discutibles. Si Europa ha sido o es en su totalidad o en gran parte cristiana —en sus hombres, ideas, instituciones—, pueden serlo igualmente los restantes pueblos del mundo. Por tanto, el concepto de cristiandad debe ser deslindado de la idea europea por más que uno y otra se hallan entretejidos intensamente en la Historia. Conviene considerar algunos aspectos parciales o variantes de esta actitud:

a) No puede identificarse Europa con la cristiandad y con el cristianismo en razón del carácter que la primera tiene de constituir una forma histórica concreta de cultura con los condicionamientos particulares que ello envuelve. Ahora bien; aun sin concebir la cultura como una realidad cerrada e incomunicante al modo spengleriano, es indudable que este último concepto supone un cuerpo de creencias, ideas y acti-

tudes determinadas de algún modo por la sangre, el espacio y el tiempo, es decir, de elementos disueltos en pura historicidad. El cristianismo, en cambio, se ha dicho —más concretamente, el catolicismo—, está por encima de toda forma de cultura. No es una cultura, porque en este término van entrañados con la concepción y sentimiento del mundo las actitudes y aptitudes de una raza en su despliegue histórico y finito. El cristianismo toca en cambio lo que en el hombre hay de universal, y su posible historicidad —subrayada coetáneamente por algunos teólogos— arranca del más hondo y radical temblor del hombre ante su destino y el del Universo, situándose por tanto al ser cristiano en una temporalidad cualitativa que rebasa todo el tiempo particular. Según esto, el cristianismo no puede identificarse con los contenidos de una cultura determinada, pero tampoco en rigor, dado su carácter supercultural, puede constituir la raíz de ninguna cultura aun cuando haya informado en su más hondo estrato al hombre que la viva. Se podrá hablar de cristianos europeos, mas no de una cultura europeo-cristiana.

b) Toda forma histórica se estratifica en un sistema de vigencias objetivas que constituyen la expresión de un «mundo». Aun cuando la cultura en su más pristino ser es algo muy distinto de eso que se llama «mundo»..., el mundo español, francés o chino de 1950, esto es, el sistema de creencias, convenciones y fórmulas establecidas en un ahí social y objetivo, constituyen el precipitado corpóreo y residual de un vivir cultural e histórico auténtico. Pues bien: viendo el problema desde ese ángulo, el cristianismo —actitud íntima y última del hombre— no puede en modo alguno constituir un «mundo». Radicalizando expresivamente este punto de vista, se ha llegado a afirmar que si el «Mundo» no es cristiano actualmente, tampoco hace ninguna falta que lo sea, ya que el cristianismo es la actitud humana más honda y necesariamente auténtica y, por tanto, la menos mundanizable de todas las formas de existencia.

* * *

A la vista de las anteriores afirmaciones expuestas con un esquematismo propicio a la deformación, no puede negarse que ambas cuentan en su haber con buenas razones parciales. La segunda presenta en apariencia mejores títulos. Pero antes de fijar nuestra actitud conviene deslindar algunos problemas planteados por los indicados puntos de vista:

1.° La no identificación del cristianismo con Europa, por obvia, no ha sido discutida por casi ningún cristiano. Es de observar a la vez que el carácter europeo del cristianismo ha sido defendido en estos años por una autoridad en el campo no sólo cristiano sino católico tan relevante como la de Romano Guardini. El cristianismo está por encima de los factores extrarreligiosos de toda cultura, pero puede haber informado en su conjunto el ser y el vivir de unos determinados círculos humanos más que los de otros pueblos. Por otra parte, el cristianismo, aun sin ser absorbido ni siquiera condicionado por ningún pueblo concreto, puede afectar con mayor intensidad la vida de unos que la de otros. Y así ha ocurrido con Europa. Problema más agudo plantea la cuestión siguiente:

2.° ¿Es incompatible el cristianismo con el concepto de la cultura? ¿Puede el cristianismo —verdad universal— inspirar una cultura, que es algo localizado en el espacio, en el tiempo y aun en la sangre? Si ponemos así las cosas y las deslindamos de tal modo que no pueda haber la menor conciliación entre ellas, claro está que no. Pero lo discutible es precisamente el que una cultura se defina por aquellos factores predestinados a dejar fuera de ese concepto la idea cristiana. ¿Por qué la cultura va a estar constituída tan sólo por sus factores perecederos y localizados, y no por los más hondos alientos humanos? Mas al acoger a estos últimos en su seno, no veo el menor inconveniente para que el cristianismo pueda informar el ser de una cultura determinada, como la europea. Ciertamente que de ser así constituiría un factor determinante, no determinado, de la vida de Europa. Desentrañemos

ahora otra de las cuestiones planteadas en relación con la polémica anterior.

3.° ¿Puede ser cristiano el «Mundo», lo que se dice el «Mundo»? Tomado este término en su justo sentido de cuerpo de vigencias colectivas, rotundamente, no. La vida colectiva es por esencia el modo objetivo extravertido, rígido y acuestionable (ni cuestionable ni incuestionable) de la vida humana. Toda actitud auténtica en el hombre en tanto lo es, lo sigue siendo, no es mundanizable. No lo es el contenido de la cultura, sobre todo de la cultura reflexiva o cultura del espíritu (ciencia, arte, moral), pero tampoco la misma cultura inserta en la vida cotidiana cuando ésta no se colectiviza, y cuando esos modos de ser, esas actividades se mundanizan han cesado en su condición de auténtica cultura. Ahora bien: si las formas y actitudes anteriores se falsifican al constituir un «Mundo», la religión, más concretamente la religión cristiana, no sólo se falsificaría con tal percance sino que su mismo ser quedaría totalmente contradicho al penetrar en esa órbita. Estaríamos en el caso de esas formas cristianas que se concretan a seguir asistiendo a los actos religiosos porque todavía no SE ha dejado de ir a ellos. (El SE de Heidegger constituye por esencia la alteración de toda vida humana auténtica, mas para la religiosa creemos que, además de ello, supone su contradicción más tajante.) Por ello siempre he visto con recelo y cautela —no digo con repugnancia, cada palabra tiene su valor— esas expresiones como «las tradiciones inmemoriales cristianas», «las buenas costumbres cristianas», como si el cristianismo fuese cosa de tradiciones y costumbres. Reconociendo, pues, plenamente en lo fundamental la razón que asiste a los que se oponen a toda mundanización —europea o no— del cristianismo, permítaseme en cambio alguna duda ante la afirmación de que sea un bien que el «Mundo» del presente no sea cristiano. Aun reconociendo lo que en esta expresión hay de justo, intencional y concreto acento, no podemos desconocer que la falta de vigencias de formato cristiano —ya

que «vigencias cristianas» es un contrasentido— se debe en parte a la descristianización en la vida auténtica del hombre contemporáneo. De acuerdo en líneas generales con lo anterior, afirmamos empero el carácter cristiano de la cultura de Europa, no en sus precipitados mundanos y colectivos, sino en los más hondos estratos del ser del hombre europeo.

* * *

Desbrozado un poco el camino con el examen de las posiciones mantenidas en el dilema planteado, así como de sus buenas razones y sus quiebras, pasemos a fijar en cuatro puntos nuestra actitud. Serán éstos los siguientes:

1.° Con las reservas expuestas, creemos que Europa es profundamente cristiana en cuanto a su ser histórico. Es cierto que en rigor cristianos son los hombres y no los pueblos y las culturas; mucho menos las vigencias. Pero no puede negarse que el cristianismo ha sido el elemento inspirador más radical de la cultura europea. Europa no sólo se apoya en cuanto a su ser histórico en la cultura griega, el imperio romano, la libertad germana, el influjo oriental, sino en todos esos elementos refundidos por el cristianismo que no constituye un factor más sumado a los otros, sino el elemento aglutinante y decisivamente substantivo que vino a reelaborar los anteriores. En este aspecto damos la razón a Guardini. El cristianismo es el elemento fundamental integrador de cuantos constituyen en su síntesis la cultura de Europa. Claro está que el cristianismo puede ser y es vivido con autenticidad y hondura por hombres pertenecientes a otros círculos de cultura, más aún, que puede inspirar otras culturas distintas de la europea y cuyos restantes elementos no sean los de esta última. Es cierto a la vez que una posible cultura cuyo factor fundamental sea el cristianismo, siendo los otros factores completamente ajenos a los que sirvieron de base a la existencia occidental, esa cultura no sería en absoluto europea. A la vez es cierto que desde la última afirmación cristiana, «Mi reino

no es de este mundo», no es esencial ni necesario que el cristianismo desempeñe en la estructura de otros pueblos cristianos un papel similar al desplegado en la formación histórica de Europa. Pero históricamente es cierto que el cristianismo ha conformado el ser europeo. En Europa ese reino que no es de este mundo, ha repercutido en él de algún modo al constituir, en expresión de Hegel, la interioridad. Para Hegel, Cristo, con esa expresión no ha hecho cristiana a la Historia, pero la ha determinado por un sentido concreto de la interioridad cuyo desenvolvimiento es el de los pueblos occidentales. Esa interioridad no es un traslado al mundo del Reino definido como fuera de él, pero sí una repercusión en aquél de ese Reino o de la idea de ese Reino que ha cambiado la dirección de la Historia. La interioridad de Hegel, interioridad concreta, consciente y personal, es en Guardini la situación del hombre frente al mundo haciéndose intencionalmente independiente de la naturaleza. De ahí, de esa intuición arrancan las actitudes constitutivas del hombre europeo al margen de que se mantenga o no más o menos dentro de la religión cristiana. Al ser el hombre radicado en Dios con una misión personal, se vuelca en esa interioridad que con el nombre de espíritu es la clave del filosofar europeo. La situación de distancia con respecto a la naturaleza le confiere a la vez la posibilidad de proyectarse dominativa y técnicamente sobre ella. También aquí Guardini, sin decirlo, confiere su verdadero sentido a la afirmación hegeliana de que la reforma protestante, al interiorizar al hombre, le ha permitido actuar prácticamente en el mundo exterior. En suma: estamos con Guardini al afirmar que el cristianismo, aunque no se identifica con Europa, constituye en la forma indicada el elemento decisivamente constitutivo de la misma.

2.° ¿Se identifica Europa con la Cristiandad? Creemos que de un modo histórico, pero no de un modo esencial. Hasta ahora, pues, los cristianos han sido los europeos y los que surgieron del tronco europeo. (Dejemos ahora el problema

arábigo de lado, que por su cercanía al cristianismo y la cultura europea puede plantear amplias cuestiones.)

3.° ¿Qué hacer entonces desde el punto de vista cultural con los cristianos pertenecientes a círculos extraeuropeos? A esta pregunta respondemos que no es igual cristiandad a cristianismo. El cristianismo está constituído por todos los hombres cristianos. Pero la cristiandad está formada no por los hombres a secas, sino por los pueblos cristianos, es decir, por aquellos círculos de existencia histórica que han sido penetrados en su misma vida cultural —no en sus vigencias— por el cristianismo. Y si este concepto de cristiandad puede extenderse a otros pueblos, hasta el presente, así concebido, está circunscrito al círculo euro-anglo-americano.

4.° América ¿pertenece a la cristiandad con un sentido autónomo, formando una cultura extraeuropea? Toquemos brevemente este último punto. América es europea en su cultura, y lo es hasta tal punto que en ocasión reciente tuve ocasión de señalar que esa convicción de radical europeísmo por parte de los mejores medios americanos, aunque justa en lo esencial, está expuesta a serios riesgos, al olvidar la concreta formación y situación histórica de América. América es europea en su cultura, y por ello no constituye un círculo autónomo de cristiandad con respecto al europeo. Pero dos cuestiones habría que plantear aquí:

a) Si debemos tener en cuenta tan sólo la cultura reflexiva o del espíritu, en su más amplia acepción, como factor fundamental de la existencia de un pueblo, o si hay otros factores que puedan ser más o menos asimilables o reducidos por aquella más alta pero no exclusiva dimensión de la cultura. Estos factores son los que expresan la vida primigenia y espontánea y algunos de ellos al menos (habría que plantearse la cuestión) son en América más diversos que los de Europa. Aludimos a la naturaleza y al indigenismo, entre otros.

b) Habría que saber si América ha llegado a un grado de madurez suficiente, no sólo en el desenvolvimiento de su cul-

tura superior, sino en lo tocante a la asimilación, nunca total, de los factores espontáneos por la cultura superior. Pues bien: estimamos que por el momento esto no ha ocurrido, y la forma en que se lleve a efecto en el futuro contribuirá a determinar un perfil de América diferente del perfil de Europa. Es esto más fundamental a mi juicio que un balance sobre la aportación de América a la cultura superior, comparativo con la aportación europea. En este orden, sin duda alguna América no puede admitir ese balance de Papini lleno de intencional ironía, porque no puede exigirse tanto a unos pueblos que iniciaron la conquista de la naturaleza en la barroca madurez de Europa y que bastante han hecho hasta el presente con llegar a constituir para el viejo mundo en el orden real su más insustituíble apoyo, y en el del espíritu, su más esperanzadora promesa.

Salvador Lissarrague.
Eguilaz, 6.
MADRID